

T O D O L O

Q U E N O

S A B E M O S

María de Alva

*"But who can remember pain, once it's over?
All that remains of it is a shadow,
not in the mind even, in the flesh.
Pain marks you, but too deep to see.
Out of sight, out of mind".*

Margaret Atwood, *The Handmaid's Tale*

"Sólo ahora entiendo y sólo ahora ha brotado en mí
el sentido secreto: el violín es una advertencia.
Sé que cuando yo muera oiré el violín del hombre
y pediré música, música, música".

Clarice Lispector, *La hora de la estrella*

1.

El día que asesinaron a mi tío Antonio, mamá llegó por mí al colegio con unas gafas oscuras y enormes color naranja con vetas de carey que cubrían casi todo su rostro.

Un día despiertas por la mañana y te pones un vestido a cuadros y dos broches en el cabello, y luego te dicen que a tu tío, ese que ves cada semana y toca canciones de amor en la guitarra, lo mataron de un tiro con una pistola. Lo supe en un semáforo en rojo, mientras abría un caramelo a escondidas para que no me dijera mamá que aún no comía el almuerzo. Pero ella no ponía atención al dulce porque veía muy fijamente la luz ámbar que se tornaba en rojo. PRECAUCIÓN-ALTO. Entonces lo dijo: “Esta mañana murió tu tío Antonio, le dispararon en la calle”.

No sé por qué he querido contar esta historia ahora. No sé por qué me he negado a escribirla tres veces. La he empezado y luego, acabo por abandonarla de nuevo. Es como si no pudiera teclearla. Me carcome el temor. Sí, tengo terror de que media familia deje de hablarme.

Tengo aprensión de no poder decir lo que no se dice nunca, lo que hace que terminen abruptamente las conversaciones o que alguien se levante de la mesa con premura. Porque la muerte siempre es incómoda. Porque la muerte siempre es dolorosa. Porque nadie quiere recordar toda esa locura y ese frenesí y esos días que tomaron por asalto a la familia. Porque fuimos ese apellido que salió en las noticias. Porque de vez en cuando en la vida, especialmente gente mayor que se acuerda de lo ocurrido, me ha dicho: “Ah, sí. Yo recuerdo muy bien la muerte de tu tío. Salió en los periódicos”. Porque ese suceso en una ciudad donde nunca pasaba nada o eso simulaba, nos hizo presa de murmuraciones. Porque mi tío fue asesinado ocho meses después de la muerte de un empresario rico y famoso de la ciudad por el mismo grupo guerrillero. Pero mi tío no era ni rico, ni famoso, él sólo era un señor como todos y por eso no entendíamos nada.

Dentro de nuestro cuerpo hay un jarrito escondido, una de esas vasijas de barro coloreadas a mano que una hace en la primaria para el Día de las Madres. Es un tarro pequeño, rústico, quizá tenga unos geranios pintados, un poco cursi, hecho en el jardín de niños, pero que tu madre atesora celosamente. Ahí guardamos conchas de la playa y piedras lisas de un bosque, notas de amigas, canicas aguamarina, el programa de una obra escolar, estampitas de la Mujer Maravilla, una historieta de *Mafalda* recortada del periódico, calcomanías de la princesa Leia salvando la galaxia, fotografías instantáneas divertidas dentro de una caseta del supermercado. Luego, vamos perdiendo todo con

el tiempo, desaparecen poco a poco con el fin de la infancia. Se sustituyen unas cosas por otras. El jarrito nos da tristeza por lo perdido. Nos da melancolía. Nos da añoranza.

Pero una muerte como la de mi tío Antonio rompe ese recipiente. Eso les sucedió a mis primos. Un día se les quebró por dentro, se hizo trizas, ya no encontraron todo lo que rodó, no pudieron recuperar esos trozos ruinosos como carcajada herida sobre el piso. Todo eso desapareció de sus vidas de un momento a otro; su sustancia se resquebrajó por entre las hendiduras y grietas como piel rajada que se abre. No quedó nada, sólo mil pedazos expuestos y lacerantes, descarnados sobre el suelo.

Quizás un día se encuentra un trozo de barro roto. La parte rugosa del corte lastima, pero hay que asirlo, sentir la cicatriz que se ha formado. Ya no se puede recuperar lo roto, no hay forma de hallar los fragmentos. Sólo ha quedado ese pedazo. Esta historia tiene que ver con esto, al menos así lo creo. Tiene que ser sobre eso, es imprescindible hallar ese pedazo de arcilla astillada.

Esta historia tiene balas y armas de fuego, policías y guerrilleros, un detective con un portafolios negro, jóvenes desaparecidos, algunas notas periodísticas, un venado cola blanca entre los matorrales, un avión secuestrado y muñecas sobre una repisa, un coche rojo robado, una ciudad que se muere de calor o de frío, un cáncer que es metáfora pero también muy verdadero. Tiene perros que ladran y galletas de malvavisco color rosa, un par de guitarras escondidas en un arma-

rio, aspersores que echan agua y niños que ríen, porque también hay risa. Tiene carnes asadas y fogatas y casas con patios desiguales y tenderetes con ropa y bebeleches pintadas en el suelo, una piscina en verano que en realidad es un pozo, juegos de ciencia que explotan, un avión que se marchó a un país helado y pliegos petitorios para el gobierno. Hay programas de tele de los setenta y superhéroes con capa. Tiene álbumes de fotografías y discos de vinilo en una maleta, una autopsia inconclusa, víboras de cascabel y un poster de los Rolling Stones en una puerta.

Pero ahora que empiezo, que escojo entre una letra y otra, temerosa, con cuidado, estoy esperando a que todo deje de girar como rehilete, de reventar como estrellas fugaces, de rodar y rodar como esos matorrales que se forman en el desierto y que van volando como torbellino; que se vaya quedando todo tan callado, en silencio, como copos de nieve que van cayendo sobre los parques y las avenidas de la ciudad de Toronto. En ese momento es que podré iniciar. Por ahora sólo sé que mamá un día me dijo que mi tío Antonio murió, estábamos las dos en el coche y había un semáforo en rojo.

La tarde en la que supo el diagnóstico de cáncer, miró a su padre sentado en el pequeño sofá junto a la cama

del hospital. Habían pasado cuarenta y cuatro años desde la última vez que lo había visto.

Ella le había dicho a su madre, a Javier y sus hijos que la dejaran sola un momento. No podía respirar con ellos en la habitación. No soportaba ver las muecas de su cara intentando controlar lo imposible, mientras sus miradas la atravesaban taladrándola. Cuando salieron tomó la mascarilla de oxígeno, cerró los ojos un momento y respiró profundamente, una, dos, tres veces... Al abrir los párpados de nuevo, percibió su figura junto a ella. Su padre era un hombre grande, muy alto y fornido. Su mentón abultado y las mejillas grandes y coloradas por el sol se veían arrugadas, la cicatriz pequeña sobre la ceja le daba un aire melancólico. Tenía el cabello polvoriento y las botas sucias como si viniera llegando de estar en la obra. Llevaba la camisa azul remangada hasta los codos y los pantalones salpicados con cemento.

—Papá, ¿qué haces? —le preguntó desconcertada.

—Nada, vine a verte. ¿Cómo estás?

—Papá..., tengo cáncer. Estoy asustada.

—Eres más fuerte de lo que crees.

—Tengo miedo.

—Sólo vine a verte un momento. Recuerda respirar profundo. Toma aire y luego piensas qué hacer.

Ella se dejó caer sobre la cama de nuevo. Su papá siempre le decía eso cuando se burlaban de ella en el colegio o tenía algún conflicto con alguna amiga. No siempre funcionaba, pero ésa era su recomendación habitual para cualquier problema. Siguió respirando

con la mascarilla. Volteó a mirarlo de nuevo, pero se había esfumado.

Estiró el brazo para abrir el micrófono y llamar a la enfermera. Le contestó pronto y pidió que avisara a su familia para que entraran de nuevo a la habitación.

Volvieron a reunirse con cautela, despacio, casi con miedo. Raquel tenía los ojos llorosos. Bernardo tomaba por el hombro a su hermana con firmeza, quizá para darle impulso. Su rostro adolescente la veía de frente, era el único que lo hacía. Pensó que eso era bueno, que podría contar con él. Su marido entró vacilante; Javier ponía la mano levemente en la espalda de su suegra, no sabía si para animarla a que diera unos pasos o para que sintiera su presencia. Mamá se contenía sin duda, miraba al suelo para no tener que ver a la hija tendida sobre la cama de hospital con aquella bata floja y enorme.

—Les aviso que no pienso morirme. Nada de eso. Quiten esa cara, ahora lo que hay que hacer es empezar ya. Me van a poner mañana el catéter para las quimioterapias, es una pequeña intervención. Javier, tú te llevas ahora a mamá a dormir y yo me quedo con mis hijos mientras te vas. Cuando regreses cenamos juntos. Bernardo se queda a dormir aquí en el hospital para ayudarme antes del procedimiento, por favor, tráele ropa.

—Hija, yo...

—No está ocurriendo nada, mamá. Es mejor que descanses, ya fueron muchas emociones. Tómate algo para que puedas dormir. Nos vemos mañana.

Javier empezó a encaminar a su suegra de nuevo hacia la puerta, pero en el último segundo, ella giró y

se acercó para besarle la mejilla, fue un beso frío de piel rugosa y seca.

Cuando se marcharon, solicitó que la desconectarán para ir al baño y ponerse la pijama. Le dijo a Bernardo que fuera pidiendo sábanas y una almohada para que durmiera sobre el pequeño sofá junto a la cama.

Intentó ponerle el seguro al baño, pero se rindió a lo evidente: no hay forma de encerrarse en un hospital. Exhausta, recargó la cabeza contra la puerta y cerró los ojos. *Cáncer de colon con metástasis en el pulmón y ganglios... Cáncer... metástasis...* Era inimaginable esto, ¿era en serio? Abrió los ojos y la realidad del hospital seguía ahí. ¿Cómo no se dio cuenta? ¿Cómo no tuvo ni un síntoma? *Los médicos somos los peores pacientes*, se dijo. Contrajo la mano en un puño. Quiso golpear la puerta, pero Bernardo la oiría. Lo haría entrar corriendo. Se mordió el labio casi hasta sangrar. No quería llorar. Tal vez si apretara los ojos con fuerza. Batió las manos desesperada. ¿A qué rincón del mundo se había trasladado? Esta mañana, bien; esta tarde, enferma. Incluyó el cuerpo casi hasta las rodillas tratando de respirar, sintió una taquicardia momentánea. Tenía frío y calor a un tiempo. Se restregó la cara para no llorar. Todos sus movimientos eran en vano, no había nada que hacer. El cáncer no se iría. Al menos pudo contener el llanto.

En el momento del diagnóstico el médico no había podido asegurarle salir bien librada.

—Lo siento —dijo con la voz apagada— está avanzado en etapa cuatro.

Se miró al espejo con cuidado, se veía igual que siempre. El intruso estaba bien escondido entre los pliegues de su piel, al fondo del intestino, entre el túnel largo que llegaba hasta un sitio tenebroso a mitad del cuerpo. Lo imaginó rosado y gordo, respirando por sus poros feliz, alimentándose de su sangre, chupando como ventosa, con sus manos gordas sobre su panza infortunada y satisfecha. Ahí estaba el cabrón, como tirano sobre su colon, sentado como reyezuelo sin trono, aventando sus hilos malévolos sobre su cuerpo, envenenando los pulmones. Un terrorista con una granada en la mano como bomba de tiempo a punto de explotar. Lo veía sonriente, escupiendo números en cuenta regresiva, echaba el brazo para atrás, soltaría el proyectil en cualquier momento.

—Vas a ver, pendejo de mierda. No sabes con quién te has metido. Vete a la chingada, cabrón. Te meto tres patadas ya, no vas a poder hijueputa.

La bata de hospital colgaba sobre su cuerpo como un saco de papas pintado de florecitas rosas con fondo verde aguacate. Le daba náusea verla. Se mojó el pelo y lo recogió en lo alto de la cabeza. Luego se calzó las zapatillas y salió de nuevo. Bernardo jugaba con su celular desde el pequeño diván donde dormiría. Raquel estaba echada sobre la cama mirando aburrida la tele.

—Pidan de cenar para ustedes y su papá. *Sushi*, tacos, *pizzas*, lo que quieran.

Raquel se puso de pie para que tomara la cama, pero con un gesto la contuvo y se sentó en la única silla de la habitación. Estaba cansada de estar en la cama, la hacía sentirse aún más enferma.

Miró el folleto titulado “Servicios alimentarios”. No tenía indicaciones para comida especial, podía pedir lo que quisiera. ¿Qué se ingiere cuando está el cáncer sentado en el colon? ¿Qué se come cuando esa ali-maña está creciendo dentro como un hongo? Algo que le cayera mal, que no soportara el muy ladino. Pidió una ensalada con aguacate y un sándwich.

—Oigan, ¿y si apagamos la tele y guardamos el celular?

Raquel y Bernardo se apuraron a hacer caso. Ahora la veían con ojos que gritaban CÁNCER. De pronto, en cuestión de un par de horas, pasaba de ser sólo mamá a ser una mamá con cáncer. El calificativo la seguía como sombra. Un sustantivo a veces puede ser un adjetivo.

—Bernardo... Raquel..., por favor, no me vean así, no me está pasando nada. Al menos no aún. Mañana me van a poner el catéter para las quimioterapias y en un par de días las comenzaré, pero no me siento mal, no por ahora. Lo que yo quería decirles era otra cosa. Cuando comiencen las sesiones seguramente no voy a poder hacer muchos pendientes. Antes de que llegue su papá quiero pedirles que le ayuden con la casa, con sus asuntos y los de ustedes también. Bernardo, ponte aguzado con el coche, llevas y traes a Raquel. No la dejes pidiendo aventón todo el tiempo. Ayuden a su papá con las vueltas, ir al súper, no sé, lo que haga falta. Seguramente yo podré hacer cosas desde la computadora... Vamos a ver. Por otra parte, no quiero que dejen de hacer nada de lo suyo. Bernardo..., sigues practicando el piano y el entrenamiento para tus ca-

rreras. Raquel, igual tú, no tienes que dejar la pintura, hija. Ahí te lleva Bernardo a tus clases. Se ponen a estudiar, van a sus fiestas. Qué sé yo. Esto debe alterarnos lo menos posible porque si no, no vamos a aguantar. Ni ustedes, ni yo. Será un tratamiento largo. No quiero quedarme triste porque ustedes no pueden hacer sus planes, tampoco los quiero estresados por mí. Comprendo que es difícil, que algo sí tendrá que cambiar, pero espero que muy poco. La enfermedad no puede detener nuestras vidas. No podemos dejar que pase eso, no nos va a controlar, ¿entienden?

—Mamá, qué fuerte —dijo Raquel entonces.

—No es eso, hija. Más bien, hay que aguantar, no hay de otra, ser prácticos. Por eso es necesario hacer todo igual. Eso nos va a dar estructura. Nos va a organizar. Y estar preparados lo hará más llevadero. No sé si fácil, pero al menos con un plan de acción es más sencillo continuar, se pierde menos tiempo, pensamos menos tonterías.

—Mami..., es que... es que no sé si pueda —contestó Raquel con la voz cortada y abrazando la almohada.

—No puedo creer que te pase esto —murmuró Bernardo desde el sofá.

—Pensemos sólo en cada día, en el presente. Hoy fue la noticia. Mañana empieza el remedio. Sólo hay que levantarse cada día, una cosa a la vez. Un pie fuera de la cama. Luego otro, así. Vengan acá. Hoy lloramos y mañana nada.

Entonces los hijos se lanzaron sobre ella. Los abrazó contra su pecho. Sus cabezas sobre cada hombro como cuando eran muy niños y los cargaba a los dos. Ber-

nardo de tres años y Raquel de uno, sus cuerpecitos echados en cada brazo. Lloraban calladamente, su respiración trataba de contener las lágrimas, pero éstas se escurrían por sus caras, sentía cómo se iba mojando su bata. De rodillas en el piso, se acurrucaban contra ella. Le daban lástima, quería rendirse al llanto también, pero eso sería bajar la guardia y no podía permitirselo. Les ayudó a enderezarse, a verla de frente. Les limpió la cara con la mano como cuando se herían jugando al fútbol o un niño se mofaba de ellos. Sus ojos se humedecieron al verlos tan frágiles, pero se contuvo.

—Todo estará bien. Dejemos que los oncólogos hagan sus estrategias. Nosotros sigamos haciendo lo de siempre lo más que se pueda. Ayuden a papá, es todo. Dejemos de hablar de esto. Mejor cuéntenme algo de la prepa. Lo que sea.

Así los encontró su marido al rato que llegó, platicando sobre sus amigos, los noviazgos más sonados de la prepa, los partidos de la liga mexicana de fútbol, las horas de entrenamiento de Bernardo, el cuadro que estaba haciendo Raquel. Hasta reían. Cuando llegó se interrumpió un poco todo, recordaron por qué estaban ahí, pero en eso enviaron la cena de su madre y volvieron a distraerse, luego trajo un mensajero su *sushi* y ya no hubo momento para ponerse tristes de nuevo.

Presintió que así sería ahora la vida. Una serie de imágenes cotidianas, alegres, aburridas, casuales, intercaladas con periodos en los que la alimaña se haría presente, algo se los recordaría y todo se pondría en tono gris de nuevo. Como un cuadro de Raquel a co-

lores y otro borroso. Había que aguantar, esperar a que llegaran los otros instantes que difuminaban la enfermedad. Unos engarzados con otros como en una larga ristra de papelitos de colores como los de las fiestas patrias, siempre en movimiento. Había que esperar los momentos de los días buenos.

Tras la cena, Javier y Raquel se retiraron con besos. Bernardo le aseguró a su hermana que pasaba por ella temprano para ir a la escuela y Javier dijo que llegaría al hospital al tiempo que Bernardo se tuviera que marchar. Quedaron en coincidir los cuatro de nuevo ya entrada la tarde del día siguiente.

Bernardo se cambió en el baño y preparó el sofá para dormir. Llegaron las enfermeras de la noche y le dieron a Cristina una pastilla para dormir.

—No tomo.

—Doctora —usó su título, para entonces ya todo el hospital sabría que uno de los suyos estaba aquí—, no tiene que tomarla, pero usualmente el día que los pacientes saben la noticia tienen problemas para descansar. Quizá mañana ya sea más fácil. El médico se la dejó. Pero, como quiera, doctora... Aquí se la pongo en la mesita, mire.

Bernardo volteó a verla.

—Mamá, hasta yo me la tomaría —dijo y luego rio casi sorprendido de decirlo.

Cristina se metió la dichosa tableta en la boca y volvió a acostarse escudriñando el techo. Enseguida pensó que no iba a dormir como quiera, ni siquiera por el comprimido.

Desde el sofá Bernardo encendió el televisor. Era un programa de superhéroes de acción. No puso mucha atención. Los colores brillantes chillaban en la pantalla. Había ruido de golpes. Movimiento. Gritos. Volteretas. Así parecía ahora la vida, como una montaña rusa desenfrenada que no se detenía nunca, daba vueltas inesperadas, la mareaba, la aceleraba con un golpe de adrenalina. Parecía que venía de muy lejos todo, muy atrás. A pesar de ello, se sintió en paz con el murmullo de la tele y la presencia de Bernardo, adolescente junto a ella. Sus pestañas largas, sus brazos fuertes y la larguirucha figura desgarrada como la del padre.

Tal vez la vida nuestra no es nada, se dijo Cristina. Millones y millones de años, la vida humana apenas una nada en medio, un punto en el mar del tiempo del universo, pero como quiera deseaba permanecer en ella. Estar en la vida.

—Mamá, te estás durmiendo, ¿apago la tele?

—Sí, hijo. Buenas noches.

Bernardo extendió su largo brazo y apretó su mano. El hijo dando la mano a la madre, le pareció un chiste cruel, un reverso inesperado. Luego se quedaron en silencio.

Lunes 13 de mayo

El detective Samuel Rodríguez recibió la llamada a las 12:30, justo cuando estaba empezando a sentir antojo de unos buenos tacos, ya que no había desayunado y había salido de casa antes de las siete. “Incidente en avenida Colón y Nueva Rosita. La víctima está presente aún en el lugar. Lo reportan fallecido”, dijeron por la radio frecuencia.

Como estaba cerca, tomó el caso y aceleró para llegar lo más pronto posible. Un asesinato a plena luz del día no era usual, aunque desde hace un par de años el número de situaciones parecidas iba en aumento. Todo a raíz de grupos de jóvenes provocadores que se apoderaban poco a poco de la tranquilidad de la ciudad, y si bien sabía que el gobierno había influido en el enojo de muchos estudiantes debido a la represión, no le parecía argumento para el ataque a civiles.

Rodríguez llegó al mismo tiempo que una unidad del Hospital Universitario para el traslado del cuerpo al Servicio Forense.

Apresuró el paso al lugar donde aún yacía el cuerpo. El policía municipal se apoyaba sobre el cofre de la patrulla que primero llegó al lugar. Con desagrado, notó que el cuerpo había sido movido, la posición le indicaba que ya no era la natural tras desvanecerse junto a la puerta. Lo habían reacomodado.

Rodríguez se acercó molesto al auto, sacando una libreta para anotar las placas con el número RHV-078.

—Oficial, buenas tardes, ¿por qué movió el cuerpo?

—Para revisar la herida y sus signos vitales. Cayó de lado y doblado en dos, era imposible de otro modo.

—Samuel Rodríguez, joven. Investigador.

—Pedro Guerra, a sus órdenes.

—¿Me permite? Voy a revisar el cadáver. ¿Lo encontró vivo al difunto?

—Sí, tratamos de practicar los primeros auxilios, aunque sin éxito. Murió muy rápido, señor.

—¿Dijo algo?

—No, señor.

El detective Rodríguez se arrodilló frente al cadáver para revisarlo con detención. Presentaba sangre en el área del rostro, cuello, hombros y pecho, también escurrimientos hasta los pantalones y los calcetines. Buscó otras heridas además de la mortal en la cabeza. La bala entró por la frente, con perforación de cráneo en la parte de atrás del lado izquierdo, sin salida aparente. Había una herida punzante de ese lado de la cabeza también. Por más que buscó, no descubrió casquillos en derredor. El cuerpo presentaba contusiones por la caída, algunas magulladuras y raspadas que explicaban la sangre en el tórax y piernas. El área de la cadera tenía una herida por arma blanca y otro corte más de navaja en el vientre, sin profundidad.

La herida de la cabeza podría confundirse con la salida de la bala, pero de cerca, era evidente el corte como araño. El ataque fue de al menos dos hombres, uno con el arma de fuego letal y otro más con cuchillo o navaja.

Rodríguez examinó con cuidado la herida principal en la frente. El tiro y orificio señalaban un arma pe-

queña. La proximidad del tiro en la cabeza fue lo que causó la muerte de manera rápida, como le dijo el policía. La munición era seguramente de unos nueve milímetros, pero habría que esperar la confirmación de la autopsia. El disparo fue muy cerca del rostro, a escasos centímetros. La víctima mantenía los ojos aún abiertos, eran de un color verde intenso bajo la luz solar de mayo; sólo su fijeza revelaba su muerte. Lentamente le cerró los párpados.

Le pareció poco común el uso de dos armas, ¿sería un hurto? Una patrulla de policía se había adelantado para seguir el coche robado; las llantas estaban marcadas en el pavimento y se podía observar la dirección tomada por los asesinos. Una de las unidades policíacas tenía una llanta ponchada. ¿Sería de bala o debido a algún enfrenón contra la banqueta?

Sin más, Rodríguez firmó la entrega del cadáver para la morgue; quizá la autopsia revelara más. Decidió acercarse con los locatarios de los negocios para saber si habían visto algún detalle que fuera importante para la investigación. El dueño de la tienda de herramienta de construcción comentó que el ingeniero era cliente frecuente de maquinaria de segunda mano para su constructora, que era normal verlo por ahí los lunes, cada quince días, yendo por alguna pieza nueva o repuesto. Al parecer llegó el día de la semana y en una hora usual, entre diez y doce de la mañana. Rodríguez decidió que eso era importante, tal vez lo estuvieran esperando, sabrían que estaría en ese lugar. Quizá no fuera un homicidio sólo por robo y los maleantes lo estuvieran esperando, finalmente era un trayecto cotidiano del sujeto.

—Los lunes es cuando viene para acá y compra lo que necesita para la semana —le dijo el locatario Abel Fernández.

Le mostró entonces la adquisición, seguía puesta sobre el mostrador. Nunca se la llevó. Salió un momento a consultar por radio allá con su gente.

—¿La dejó aquí porque llegaron los maleantes?

—No, de ninguna manera. El ingeniero salió por la puerta de cristal antes, abrió el coche para comunicarse al negocio con la radio Motorola de transmisión que tenía, y consultar sobre la pieza. No era la primera vez que lo hacía. Aún no pagaba por eso. Desde aquí lo vi sentado dentro del auto con la puerta cerrada, hablando con la radio. Luego me distraje con otro cobro, mientras lo esperaba. El balazo nos sorprendió y nos tiramos al piso, por eso ya no vimos. Tras el chirrido de las llantas fue que me percaté que el ingeniero era la víctima —explicó pausado.

—Entiendo.

—Era un buen hombre, detective. No se le conocía nada. Su negocio es de tamaño mediano, por eso buscaba piezas usadas conmigo. Querrían el coche porque no creo que trajera nada valioso. No lo conocía personalmente más allá de las compras que hacía, pero siempre fue un cliente tranquilo, serio, leal a mi negocio. Siempre compraba de segunda mano.

—¿Sabe el nombre?

—Antonio Vélez, ahora le doy la dirección de su constructora, está en avenida Lincoln.

Habría que acudir al negocio para hablar con los empleados, encontrar alguna razón para su muerte. Si

bien quizás era algo aleatorio, sus visitas quincenales podían haber estado comprometidas bajo vigilancia. Aún no se descartaba alguna intención desconocida. Era necesario encontrar el Falcon también.

El policía municipal le daría afuera una copia del reporte policial, pero no creía que hubiera más información valiosa de la que ya tenía. Se despidió del señor Fernández y se encaminó a la constructora del ingeniero Vélez.

● RECORD.

Bitácora de la primera noche tras el diagnóstico.

Cuando era niña tuve una perra a la que le pusimos Canela por el tono de su pelo. ¡Era refe! No pertenecía a ninguna raza o más bien era de todas. Mi papá la encontró una mañana en una construcción en la que estaba trabajando y, como no la reclamó nadie en todo el día, se la trajo a casa. No tenía collar, ni placa, nada. Lloraba mucho, la pobrecita. Tenía unas marcas de sangre seca horribles alrededor del cuello. Mamá la lavó con sumo cuidado y le puso cremas en la carne expuesta, donde se le había caído el pelaje. Luego la vendó. Yo la acompañé al veterinario para ponerle sus vacunas. Canela temblaba mucho, el médico dijo que tenía estrés por lo que

había vivido. Jamás hubiera pensado que un perro estuviera así. Nos pidió que la lleváramos de nuevo pronto. Durante la noche lloraba hasta que alguien la ponía junto a su cama y la acariciaba hasta que se dormía. A veces se paseaba por toda la casa como si estuviera buscando algo y rascaba las paredes con desesperación.

En la segunda consulta recibimos la noticia de que estaba embarazada. El veterinario no había podido comprobarlo la primera vez, pero entonces nos lo dijo con exactitud. Era una intuición que tenía, pero ya me cercioré, dijo. Mamá se quedó pasmada. La perra había huido tras la embestida de algún perro, debía haber estado atada e indefensa, por eso tenía la piel con marcas sanguinolentas. A lo mejor tiró hasta que logró zafarse o algún alma buena se había detenido a soltarla. ¡Lo que sufrió mi pobre Canela! Imaginé a Canela amarrada a una cerca o un poste. Habría llegado entonces una jauría para embestirla, mientras ella chillaba despavorida. Los desgraciados perros la atacaban con sus miembros enhiestos, atravesándola como si fueran espadas. El ruido debía haber sido ensordecedor. Pensaba en el terror de la pobre Canela. Me daba asco, sentía el coraje a mitad del estómago.

Poco a poco su cuerpecito flacucho se fue abultando. Al final parecía una gran pitón que se había tragado un animal, semejaba una serpiente gorda, gorda sólo de la parte de en medio. La piel se le estiraba y parecía que iba a reventar. El pelo no alcanzaba a cubrir su piel que apenas se veía for-

mando estrías. Su extraño cuerpo parecía a punto de romperse, de explotar, con toda aquella mole que la consumía. Sus patas flacas con trabajo andaban por la casa y ya sólo lograba subir la escalera si alguien la empujaba por atrás. Ándale, Canela, dale, le decíamos. Nos daba pena, su cuerpo dolía a la vista.

Por fin, una madrugada la oímos lloriquear y supimos que venía el desenlace. Entre mis hermanos y yo cargamos a Canela hasta la lavandería y la pusimos junto a la secadora sobre unas toallas. La perra se estremecía y nos turnábamos para sostenerla. Papá y mamá también despertaron. Mamá lavó y secó trapos y toallas de todo tipo para limpiar y arropar a las crías. Encendió la secadora para que el calor la confortara. Fue entonces que empezó la verdadera pesadilla, los perritos empezaron a brotar entre espasmos de Canela y chorros de líquido amniótico con sangre, pero todos estaban muertos. ¡Muertos! Canela tuvo ocho cachorros, ninguno vivo. Al tercero que nació muerto, papá me cargó, aunque no estaba ya tan niña y me llevó a mi cuarto. Mamá también retiró a mi hermano Alex, el menor, quien lloraba sin cesar. Sólo se quedaron los mayores para presenciar ese parto terrible. Yo pataleaba y gritaba para que papá me dejara bajar de nuevo. ¡Déjame, déjame ir! ¡Que no me agarres!, suplicaba. Él me susurraba que no quería que viese aquello. Es una pesadilla, Cristi. No lo veas, por favor, no. Yo rogaba ver a la Canela; él insistía en que no.

Después de un rato que me pareció eterno, me dejó volver a la pieza de abajo. Mis hermanos mayores habían envuelto a los cachorritos con los trapos y se los habían llevado, quién sabe a dónde. Mamá trapeaba mientras tanto. Alex se había quedado dormido en su cuarto y no bajó. Me abalancé sobre la Canela y la abracé contra mi cuerpo. Ella estaba muy callada y temblorosa. Casi no se movía. El sobresalto la tenía derrumbada. Shhh... Canela, linda, le decía para calmarla. De un recipiente con leche tibia, me mojaba los dedos para que chupara algo de comida.

Muy despacio papá me levantó del suelo. Uno a uno nos fuimos a bañar y cambiar de ropa. Cuando bajamos a desayunar, ya nadie habló más de eso. La perra se quedó acostada unos días y el veterinario vino a verla.

Dos semanas después de la muerte de los cachorritos de la Canela fue que asesinaron a mi papá.

▣ STOP.